

## CARTA ABIERTA A CRUCE

Para los que sí pensamos que CRUCE, Arte y Pensamiento contemporáneo, merece seguir pensándose como *problema* (en mi opinión la única forma de pertenencia que merece el esfuerzo) es decisivo entender cuáles son las implicaciones de las medidas que la Junta Directiva pretende adoptar en los próximos meses, y qué significa ese “*proyecto cultural de Cruce*” en las coyunturas social, económica y política concretas de Madrid, España y Europa.

En el boletín número 1 de CRUCE (Abril de 1994), el editorialista se pregunta por lo que llama el “*primer problema*”: *¿Tiene que haber una línea, además del área de reflexión que van creando unas intervenciones vinculadas por la fuerza del propio contraste? Y se contesta que “está en el aire”*. Pero, al siguiente párrafo, vuelve sobre lo mismo, como si el problema no pudiera mantenerse en el aire sin pesar sobre lo que, a falta de mejor nombre, el editorialista acaba llamando “*espacio*”.

Decir “*espacio*” y retornar el problema de la “*línea*” (la interpretación del significado de la programación) es todo uno: le obliga a distinguir las “*líneas ya trazadas*”, de las “*nuevas líneas posibles*”, a rechazar un “*nuevo eclecticismo*”, y a negar que la línea pueda reducirse a una mezcla de “*lo que hay*”. De modo que la “*línea*”, tocando el espacio, le rebrota al editorialista fortalecida como una hidra antes de terminar el párrafo, al cabo de un año de andadura, más o menos. Pero no sin respuesta y una alternativa: “*trabajar un espacio cambiante de encuentro*”.

Desde el “*primer problema*”, línea y espacio se intrincan de tal forma, que todo lo que ha venido aconteciendo en CRUCE hasta hoy, puede entenderse como una variante renovada de este primer problema. Algo que debería seguir haciéndonos felices si la amenaza de trocear CRUCE, de separar línea de espacio, no fuera el hueso del “*proyecto cultural de Cruce*” que promueve la Junta Directiva actual.

Sigue el editorialista: “*Se trata de que sea la combinación de las sucesivas propuestas las que propicie otra lectura*”. Es decir, que el hacer o la producción de CRUCE precede a la lectura, que no es lineal porque no responde a un programa, y que esta ausencia de programa y de línea es la que abre la posibilidad de que florezca “*otra lectura*”.

## DOS OPCIONES

Esa “*otra lectura*” descartaba, sin formularlo, dos opciones: la galería de arte y la institución cultural.

La galería de arte es un negocio que depende del acierto con el que la galería interpone interesadamente un programa y una interpretación entre la producción autónoma y el destino mercantil de las obras, que llegadas a este punto ya son entendidas como “*piezas*” o “*lotes*”. Cuando el editorialista escribe “*(darle) por primera vez la voz a obras desconocidas*”, juega con la posibilidad de que CRUCE se convirtiera en una galería de arte, porque detrás de una galería de arte, al igual que de una editorial, hay alguien que pretende reflejar un modo particular de entender su objeto. CRUCE sobrevivió a esta opción. Aunque en algunos medios apareció significativamente como “*Galería Cruce*”.

A la segunda opción sobrevivió más fácilmente. Un socio decepcionado lo expresó quejándose de que no se había convertido en un “*Kunst Halle como el de la ciudad alemana de \**”. Es decir, una institución dotada de presupuesto, gestionada por autoridades, obligada a dar cuenta de sus resultados, destinada a cumplir una función social y a promover valores. Una posibilidad que no estaba al alcance de un colectivo tan heterogéneo de personas, que no eran gestores profesionales ni lo pretendían. El editorialista expresa que CRUCE no va en esa dirección cuando nos invita a “*rodar con nosotros*”, e insiste en hacer pasar a CRUCE por un proceso, para muchos doloroso, de no institucionalización, advirtiendo que “*(estamos) en pleno rodaje, que es posible que lo estemos siempre, y que un rodaje permanente no sea necesariamente indeseable*”.

La prevención, nada ingenua, del editorialista del boletín número 1 de CRUCE, encierra una reflexión que, en mi opinión, podría terminarse de formular así: tal vez la independencia y, por consiguiente, *un grado de libertad*, no sean necesariamente indeseables.

## UN ESPACIO CAMBIANTE DE ENCUENTRO

Se trata de “*trabajar un espacio cambiante de encuentro*”. Un espacio cambiante no es un espacio que gobierna una comisión que dicta una línea, en la que el contenedor - el espacio - se entiende separado y, por tanto, objeto susceptible de recibir las directrices que la comisión marca. No. Un “*espacio cambiante*” es todo lo que hacen en el espacio de CRUCE todos los que pertenecen a CRUCE, dentro y fuera de CRUCE, con personas que pertenecen o no pertenecen a CRUCE.

“*Cambiante*” significa que pertenencia y espacio son confundidos a propósito (o por intuición quizá), para propiciar algo cercano al “acontecimiento”. Algo que solamente puede suceder cuando la línea (la programación) se limita a equivaler a lo que hacen los que pertenecen a CRUCE. Que a su vez depende de que CRUCE permanezca, hasta en sus horas más bajas, como una comunidad de trabajo. La visibilidad no puede ser la medida del éxito de una comunidad de trabajo. Una comunidad de trabajo se activa mientras trabaja, se queda en blanco, hiberna, se manifiesta en otros escenarios o sigue un curso oculto sin trabajar hasta que hay ocasión. Es el caso del homenaje a Sandra Rodríguez Perdomo. Y otras tantas ocasiones y maneras. Cualquiera que respete esa condición.

Cualquiera menos la que formuló el 4 de Noviembre la Junta Directiva, que se dirigió a los socios reunidos en Asamblea con un programa inaceptable que, en esencia, venía a dar por terminado CRUCE como comunidad de trabajo, fuera o no fuera consciente de esto. A la relación de causas efectivas que conducían a la desaparición de CRUCE, (...) *al progresivo descenso de las actividades (basta mirar el calendario de hace, por ejemplo cuatro años para ver como Cruce iba camino si no de la desaparición sí de convertirse en un espacio casi inoperante... como así nos lo hicieron saber muchos socios ante el temor de que Cruce llegara a su fin y solo se esperaba por inanición, el cierre.)* seguía, sin solución de continuidad, un “*gracias a vosotros*” y *¡a nuevos socios!* mientras la situación daba un giro repentino y la Asociación remontaba “*cumpliendo objetivos*” hasta culminar afirmando que la reunión en una de la secretaría, la tesorería y la coordinación prometían larga vida a lo que antes se moría “*por inanición*”.

Un programa que reducía una asociación que había logrado una posición autónoma, que en gran medida se autogestionaba, que seguía “*sola*”, a un mediocre objeto que en adelante viviría en función de las “*actividades*” que se realizaban en el espacio. Un espacio que había sido salvado porque ya era objeto de la nueva gestión que la Junta Directiva ejercía como una comisión ejecutiva: ¡La autogestión no funciona! En efecto, la máquina - lo que solo funciona - no puede autogestionarse.

La oposición frontal de algunos de los presentes al proyecto de la Junta Directiva se manifestó con toda claridad. No sin darle a la Junta la ocasión de rectificar, de no convertirse en la contraria de otra parte de CRUCE. Pero no. En la segunda parte de la Asamblea del 4 de Noviembre no hizo otra cosa que presentarse en la posición de una Junta Directiva que se postulaba, como en cualquier asociación al uso, dispuesta a disputar la representación ¡democráticamente! a quien “*quisiera presentarse*”. Mal día para CRUCE. Mala hora en la que se votó. Solo sería ridículo (dada la desproporción entre el aparato y el presupuesto que maneja) si no hubiera un proyecto más o menos encubierto, más o menos consciente, contra una asociación que se había entendido como una comunidad de trabajo que puede autogestionarse y seguir porque es mucho más fuerte de lo que parece. Pero es ridículo y, además, autoritario. X me conminó: ¡*Vota!* ¡*Vota y calla!* Es decir: vota y pierde. Z lo expresó de otra manera: ¡*Se vota y punto pelota!* (Toda una imagen: con un punto y una pelota podría diseñarse el icono de “Amada ignorancia”).

Lo que siguió en términos asociativos fueron unas Juntas/Asambleas en las que algunos nos volvimos a encontrar en torno a las cuestiones que todavía importan. Una corta primavera. Mientras, la Junta Directiva auténtica puede que se reuniera o no, pero siguió - deslocalizada - insistiendo en lo que cree lo propio. La concentración en un ordenador personal de toda la información concerniente a la Asociación (nótese que obliga a aclarar que el ordenador ya no está en el espacio físico), pero sin renunciar al espacio - sin renunciar a ocuparlo por otros medios - produce una suerte de desmaterialización de los secretos, eso que en el lenguaje corrupto de los medios de comunicación y de la clase política se llama “transparencia”. La des-materialización de los secretos, sin embargo, no significa que remita la necesidad de organizarlos convenientemente en una central informática. Sucede en todas partes, es la tendencia: sí, en CRUCE están todos los mundos: la construcción de una gran Secretaría Global habrá terminado, cuando la administración de la arbitrariedad (lo que antes se llamaba burocracia), lo domine todo hasta el punto de que resulte imposible imaginar la posibilidad de hacer nada, sin sortear las barreras que la Secretaría Global de la Sociedad del Conocimiento considerará absolutamente necesarias para el bien de todos. Todos usuarios, todos convencidos de su necesidad. Para entonces, nuestros tataranietos serán los hijos de los que libraron la Primera Guerra Global por el dominio del ¿espacio virtual? No. Por el dominio del espacio físico. Sucede en CRUCE, a pequeña escala, sucede a nivel global. Y sucede, además, sin que parezca que haya una mala intención concreta, sólo el libre juego de unas creencias que coinciden con una tendencia *natural*, (la propia de nuestro tiempo) que es, naturalmente, lo que hay. “*Esto es lo que hay*”.

## LEY/DERECHO

Un grupo de intelectuales europeos firmaron un manifiesto a favor de la Unión europea. Intelectuales muy valiosos, esa clase de intelectuales que desde la entrada de la moneda única viajan con toda naturalidad por una Europa que parece un Estado unido, en el que

se hablan lenguas distintas, pero hay una lengua que ya es *lingua franca*. No parece importar demasiado que la lengua imperante esté cargada ideológicamente, que el uso de la lengua común transforme el modo de pensar a todos los niveles de un modo imperceptible, pero tenaz. Estos intelectuales, sin embargo, no ven más que las ventajas. Entienden que la salida de la crisis depende de la redacción de una Constitución europea que derribe las viejas estructuras nacionales *reaccionarias*. Pero no quieren entender que la unidad europea pasa por una desestabilización de los Estados miembros. Tampoco quieren entender que sin hacer pasar la unidad europea por una revolución social, económica y política que profundice en esa “diferencia europea”, eso que en el argot del funcionario-político-técnico-sindicalista llaman el Estado del bienestar, no podrá defenderse a sí misma en ningún campo. Ni que esa Constitución europea pueda construirse sin el ascenso de una clase social europea de nuevo cuño.

Hay, no obstante, una interesante referencia en el Manifiesto a la Ley. Contrapone la Ley al Derecho. El Derecho es una invención europea que garantiza que las cuestiones humanas se deliberan entre humanos, sin otras intervenciones o herramientas que las de las propias leyes que los hombres se dan a sí mismos. La proliferación de Estados teocráticos no son los únicos casos en los que la Ley retorna para sustituir las endeble estructuras que el colonialismo europeo dejó tras devastar todo *lo anterior*. Lo anterior, la Ley que los colonizadores encontraron, obstaculizaba tanto el progreso de la civilización occidental (el punto ciego en el que lo anterior le resulta incomprensible al occidental), como la aparición de grandes y nuevas oportunidades de negocio a los autóctonos. Si con el tiempo descubrimos que, antes de la llegada de los colonizadores occidentales, la Ley ya se encontraba en retroceso, este hecho no le resta significación a la sucesión de los retornos que ya son paradigmáticos: abolición de la Ley anterior. Instauración de un Estado de derecho. Derrumbe del Estado de derecho a causa de la corrupción. Reposición del Estado de la Ley. Si la sospecha - difícil de entender en Occidente, a causa de nuestros prejuicios y cierto complejo de superioridad - de que la Ley retorna, de que la Ley vuelve a colarse por las costuras de nuestro Estado de derecho para desmontarlo, es porque el Estado de la Ley es el Estado del capitalismo. El capitalismo la Ley.

Cuando el 4 de Noviembre, “*después del veranito toca retomar los asuntos de nuestra asociación*”, el derecho llega a CRUCE con los estatutos en la mano, el asunto más urgente - cómo no - es la elección de los cargos de la Junta. No parece entender que llega a una imperfecta comunidad de trabajo, a una asociación que mal que bien se había autogestionado, que más bien que mal había superado las tentaciones de dejarse gestionar, de entregarse a eficientes especialistas, “*de estar y ser algo en Madrid*”, de cumplir con el mandato de rellenar fechas, convocar actividades, alimentar la insaciable necesidad de cultura. Llega, además, justo cuando empezaba a hacerse evidente que el género *alternativo* de asociación cultural (muy distinto de CRUCE, un grupo heterogéneo de personas que se autogestiona más o menos, que se inclina intuitivamente a lo a-funcional) no representa una alternativa, solo es una variante entre otras de la producción cultural genérica, perfectamente integrada, que promueve la cohesión, la integración, la expansión, la diversión y el turismo cultural en Madrid.

Dicho de otro modo: el centro alternativo que no es autogestionado y a-funcional no hace otra cosa que “*cantar loas al régimen de lo existente*”. Algo que CRUCE había conseguido evitar en gran medida, no sin esfuerzo, intención y deseo. La “*situación crítica*” fue un logro. Sí, un logro. Un logro si se entiende CRUCE como un lugar de

trabajo, de producción, y no de exposición y actividades. Es más, la única situación con visos de legitimidad de una asociación, la única deseable es esa precisamente: una situación crítica. Sin Ley (me atrevo a escribir no sin cierto temblor), con las normas que el hábito (un hábito cambiante) fue haciendo con el mero devenir incierto de CRUCE y, sobre todo, sin derecho. Introducir derechos donde hay normas, reinstituír aparatos de gobierno donde ya habíamos conseguido un alto grado de autogestión, alzar la mano esgrimiendo los estatutos, celebrar que CRUCE *vuelve a ser algo*, es la mejor manera de neutralizar - no la Asociación Cultural CRUCE, que poco importa - sino la posibilidad de que en CRUCE salte la sorpresa, que algo acontezca. No sabría definir bien lo que es un acontecimiento, pero seguro que no es una alternativa. Republicanizar lo que no necesita republicanizarse, republicanizar CRUCE cuando en nuestro entorno hay campos donde no han entrado ni algunos principios básicos de la Ilustración, indica intolerancia a lo débil, dificultades para aceptar aquello a lo que se atribuyen carencias. Indica que el proyecto de organización que se propone llevar a cabo la Junta Directiva esconde un programa con una dirección y un sentido orientados a fijar la Asociación. Indica que la Ley retorna y que con la Ley, una vez organizada como proyecto cultural, la Asociación estará preparada para presentarse como *marca Cruce*. Y así, en adelante, con el futuro en nuestras manos, podremos ofrecer, *low cost* pero con todas las garantías, buenos servicios públicos culturales. Y, por extensión, competir con otras asociaciones semejantes en el - ¿por qué no decirlo? - mercado emergente de la nueva oferta cultural alternativa.

No niego que el factor humano lo complica todo, y que hay que tenerlo en cuenta: por una parte está la exhibición de los cargos entre un grupo tan pequeño de personas. Por otra, la clamorosa ausencia de otras personas que son muy importantes (socialmente, se entiende), pero que no terminan de llegar ni de prestarse a hacerse cargo de los cargos en CRUCE, como si los cargos importaran tanto, acarrearán sueldos u otorgaran privilegios vergonzosos. Caso aparte es el de los elegidos, el de aquellos que esperan un retorno del orden que nunca termina de llegar. Un orden que, como no llega, se ven obligados a traicionar siempre. Claro que la vida sigue, y no faltan las ocasiones en las que hay que tomar decisiones. Decisiones que coinciden siempre con las opiniones de los más fuertes. Que casi siempre son progresistas. En definitiva, no habiendo un orden como es debido ¡qué importa estar dentro que fuera! Vísceras de cristianos viejos: nada linda con la nada.

## UN POCO DE HISTORIA

“*Un espacio cambiante de encuentro*” me sigue pareciendo la mejor opción. Una opción que exigiría a la actual Junta Directiva un esfuerzo suplementario por entenderlo y rectificar, antes de seguir con el proyecto que expone en el acta correspondiente a la reunión del 28 de Enero.

No siempre la Junta Directiva de CRUCE se ha entendido ni ha funcionado del modo que lo hace la actual. Existía una Comisión de plásticas que programaba las exposiciones, y existía una Junta Directiva que se encargaba de las cuestiones prácticas, las formalidades y las relaciones con los coordinadores profesionales. Al mismo tiempo, habían dos tendencias opuestas en la gestión de los ingresos suplementarios, vía subvenciones, que reflejaban dos concepciones distintas de la Asociación.

La primera - que entendía el espacio como un espacio único - trabajaba en paralelo con la Comisión de plásticas sin problemas de importancia. El número, la disposición y la calidad de las personas garantizaba la marcha de CRUCE.

La segunda, poco perceptible al principio, quería que cada sección correspondiente a una disciplina “*se organizara por su propia cuenta*”, llegándose a proponer que los ingresos por subvenciones no pasaran por la vía de la contabilidad general.

Ni la una ni la otra se impuso. La Comisión de plásticas perdió fuelle porque ejercer las funciones de control sobre el espacio expositivo (sostener una programación continuada) era costoso y contradictorio. Sobre todo si estando en manos de los artistas no se deshacía del modelo comercial que procedía directamente de las galerías de arte. Cuando la propia Comisión decidió introducir la figura del comisario, la programación se avivó, pero enseguida se hizo insostenible porque los periodos de tiempo de las exposiciones tuteladas se convirtieron en objeto de transacciones. El comisario que trabajaba por fuera de la Junta Directiva acababa dirigiendo a la Asociación. Algo que chocaba o era incompatible con esa noción de “*espacio cambiante*”.

Cuando hicimos pasar todos los asuntos por la Junta Directiva, coincidiendo en el tiempo con nuevas dificultades de financiación, no desaparecieron las secciones ni las corrientes ni la pluralidad ni faltaron graves enfrentamientos. Pero todo pasaba por la Junta Directiva en un plano de igualdad. Pero no por igual porque la desproporción, la a-simetría y otros desequilibrios entre los encargos y los cargos era notable. Jamás hubo de votarse nada ni esgrimir ese lastimero engendro de hipócritas que llaman consenso: lo único cierto y, sobre todo, *seguro*, eran las discrepancias poco profundas, muy profundas, insalvables, reversibles.

Al deshacerse la Comisión de plásticas, se deshizo la comisión de expertos por antonomasia, y en adelante quien quisiera proponer algo debía fajarse con los expertos y los no expertos. Si con este deslizamiento, la definición de la “*línea*” - lo que tanto preocupaba al editorialista del Boletín número 1- quedaba subsumida en el propio espacio, no acababa ahí el problema. Quedaba por definir un criterio. ¿Un criterio propio, particular, común? ¿El criterio de los expertos? No. Ciertamente se abrió un ciclo de espantosas exposiciones. Pero también que esta deriva abrió el paso a la idea de producción. Producción significaba ahondar en la autogestión, romper con el fetiche “*exposición del mes*” y la apertura de una concepción del tiempo más cercana al proceso, más *performativa*. De este modo nos acercamos, en mi opinión, a esa imagen de espacio cambiante de encuentro, en el que los artistas de CRUCE (antes la Comisión de plásticas), y otros no necesariamente *de* CRUCE, llamábamos a los pensadores a personarse en el espacio. Y lo hicieron.

Luego vendría lo que se conoce como la Mesa de batalla. Si CRUCE, en torno a 1994, se formó para responder a la perplejidad que producía la crisis de entonces, la Mesa de batalla fue la respuesta de los artistas de CRUCE al estupor que produce la de ahora. Un estupor que sigue y sigue. La mesa, cuatro tableros pintados de negro/pizarra, de 120 x 120 cms., montados sobre unas frágiles estructuras de hierro que podían desplazarse por el espacio “*convocaban a todo el que quisiera poner algo sobre la mesa*” La convocatoria era una clara alusión a la dificultad de encontrar algo, un hilo argumental, alguna clave, incluso un tema que oponer a la confusión general y el consiguiente estupor. Una confusión que la Mesa de batalla no separaba de la confusión que aquejaba

al propio CRUCE en tanto comunidad de trabajo. En la Mesa de batalla experimentábamos las propias dificultades que acuciaban a la Asociación. La Asociación entendida como una comunidad de trabajo heterogénea y a-funcional. La Asociación que nunca había dejado de autogestionarse. Y en flagrante contraste con la bonanza poética que en los respectivos estudios o despachos virtuales seguía (y sigue en este momento) mientras haya la posibilidad. Una posibilidad que tampoco depende de la demanda cultural ni que CRUCE vuelva a la *escena* cultural madrileña.

Las paredes en blanco completaban la presencia física de la mesa expresando esa suspensión que ya no era ni mucho menos el “*CRUCE en blanco*”, sino una seria afirmación de independencia frente a la deriva del sistema-arte, que va desde las cúpulas de expertos a los metros cuadrados por euro de los suelos de las galerías de arte. Sin impedir que nos visitaran exposiciones al uso, si por alguna razón se justificaban suficientemente, y sin que la mesa se atornillara al suelo. Los sufrimientos del objeto-mesa expresaban el rechazo a ese elemento ajeno que la institución en ciernes ya no soportaba en *su* cuerpo. Esa clase de bulto, esa clase de elemento, que la institución tiene que extrañar a toda costa. Esa forma de hacer y estar que concita un rechazo visceral porque se interpreta como una forma de debilidad, precisamente, y no al contrario. La explosiva combinación de una aversión al vacío (en el mejor de los casos), con el insostenible desperdicio del espacio sin contenidos de relleno (las actividades) y la posibilidad real de que “*nunca haya nada en medio que me impida disponer del espacio que es de todos*”, se fue transformado en una sorda e innegable hostilidad a la Mesa de batalla. No menos que otra recíproca y bien fundada en el rechazo al proyecto cultural que la Junta Directiva, por otra parte, no ha terminado de presentar abiertamente.

La aparición del espectro de “*de todos*” - ese vergonzoso *en nombre de todos* - no indica otra cosa y bien claro que hay un “*de uno*”. Un “*de uno*” que cree que tiene el espacio o desea hacerse con él. Como los espectros no existen, debe tratarse de una idea. La idea que tiene uno para el espacio de todos. Si entre todos no lo remediamos enseguida, sin más dilaciones, este “*de todos*” (que no “entre todos”) apunta a la línea de flotación de ese cambiante espacio de encuentro donde trabaja CRUCE, al límite, es cierto, pero donde todavía está. Todavía no es la entidad cultural organizada ni el espacio polivalente al servicio de los usuarios que la Junta Directiva propone veladamente en el acta del 28 de Enero.

La Mesa de batalla continuó, no obstante, con sus tareas y el gesto “*patada a la mesa*” inspiró tanto la maqueta, señera expresión del estado de eso que advierte la Junta Directiva que es de todos, como la emigración de los cuatro tableros, por ensalmo, de las patas de la mesa a una pared. Al contrario de lo que pueda parecer, la dificultad de dibujar o escribir sobre las mesas colgadas de la pared expresaron, mejor que los intentos de cubrirlas de contenido, el estado de ánimo de la Mesa. Al ponerlas en pie e invocar el cuadrado de Malevitch, la Mesa reivindicaba todo lo que no podemos olvidar sin mentir. CRUCE es sensible. *No digas “arte”*. Sí lo digo. El arte nunca será cultura. Pero nunca se había visto obligado a marcar sus diferencias con la cultura. (Salvo con la religión, en su momento). Puede decirse que la cultura ha culminado sus últimos objetivos, que ya regula, filtra, selecciona todo lo que existe. Y que contribuye como cualquier otro sector productivo al producto interior bruto de cualquier país. Padezca hambrunas o nade en la abundancia. Pero no sin tensiones. Porque amputar el arte del cuerpo de la cultura, como si la parte gangrenada fuera el arte, no parece que esté

descartada. Puede ser una opción. También en CRUCE, a tenor de lo que se dice en el acta del 28 de Enero. Ganar el futuro de CRUCE puede exigir sacrificios.

Pesadumbre.

La penúltima intervención, que aún sigue elaborándose, fue bajar las mesas de la pared, esperar tres días y transformarlas en el suelo de la escenografía/instalación/taller de escayola. La escenografía es una irreverencia. Un trabajo irreverente que irá tomando forma en las próximas semanas. Un trabajo que merece atención.

K apuntó muy bien cuando dijo que *“hay mesas, pero también hay sillas”*. Cierto. El suelo de CRUCE sigue siendo el problema. Un problema fructífero. El problema que la Junta Directiva pretende esterilizar (que no plantear ni siquiera resolver) escalonando CRUCE.

Madrid, 13 de Marzo de 2013.

Evaristo Bellotti